

DEL AMOR Y EL MATRIMONIO (2)

Padre Arnaldo Bazan

EL NOVIAZGO

Podría decirse que el noviazgo es al matrimonio lo que los cimientos a un edificio. Mientras más alto y fuerte queremos que sea éste, más profundos y sólidos tendrán que ser aquellos.

Es muy probable que una de las causas más profundas de los fracasos matrimoniales sea que muchas parejas toman el noviazgo totalmente a la ligera, mirándolo más como un anticipo de los goces matrimoniales que como una preparación para el éxito de la mutua comunión.

En los momentos actuales todo parece contribuir a esta ligereza, pues por todos los medios disponibles se hace una feroz campaña en favor del placer sexual a como dé lugar, sin analizar para nada los desastrosos efectos que esto puede tener a largo alcance.

El éxito matrimonial es muy distinto a una simple aventura. Si lo que se busca es pasar un buen rato, una noche de placer o unas vacaciones sexuales, entonces no tenemos nada que decir, pues para esto no hace falta amor, ni responsabilidad, ni saber siquiera el nombre del compañero o compañera, ni sus cualidades o antecedentes, y cada uno llamará "éxito" a la

consecución de lo que ande buscando.

Pero si lo que se busca es la integración de una comunión permanente entre dos personas, que porque sienten que se aman desean que su experiencia se prologue toda la vida, entonces se entenderá por éxito el haber logrado compartir toda una vida felizmente, con un amor que se renueva y se rejuvenece a pesar del progresivo envejecimiento físico de los cónyuges.

A este matrimonio indisoluble, al que debe tender no sólo el cristiano, sino también todo el que se siente realmente enamorado, sólo puede irse por el camino de una seria preparación, que incluye muchos sacrificios y renunciaciones, y que es lo que realmente llamamos NOVIAZGO.

Esos otros "noviazgos", que consisten en la mutua aceptación de una relaciones en las que prima la búsqueda del placer por encima de todo, sólo pueden conducir a períodos más o menos placenteros, que han de terminar, necesariamente, en el más absoluto fracaso, pues están basados en la pura atracción física que, sin la presencia de un auténtico amor, terminan por volverse rutinarios, aburridos y, por fin, insoportables.

Lo que mantiene a dos seres unidos por toda la vida no puede ser la atracción física, pues ésta tiende a disminuir con el tiempo, ya que abundan las tentaciones

en este campo. Solamente el amor hace de la unión entre dos personas algo único e irrepetible.

Con todo, tendríamos que decir que ni siquiera el amor verdadero es capaz de mantener unidas a dos personas, si no hay en ellas una verdadera decisión de conquistarse cada día hasta convertirlo en algo más y más profundo con el paso del tiempo. Y esto va a depender, en gran medida, de la capacidad de entrega y de sacrificio que tengan el uno por el otro.

IMPORTANCIA DE LA PREPARACIÓN

El éxito en todas las empresas de la vida depende de la preparación, del entrenamiento, del tiempo que previamente se ha dedicado al estudio y la planificación.

Muy rara vez se ha visto que nadie triunfe a base de la improvisación, y ésa es la última razón por la que muchos tienen necesariamente que fracasar en sus matrimonios, ya que se pasan el tiempo improvisando, pues han llegado al mismo totalmente imprevistos.

Esos maravillosos movimientos de una bailarina; esa fantástica rapidez, agilidad y precisión que notamos en los dedos de un célebre pianista; esos seguros movimientos de un atleta famoso; nada de eso se consigue de la noche a la mañana, sino que son el producto de años de estudio y entrenamiento, de agotadores ejercicios y constantes ensayos para lograr la perfección más absoluta posible.

El joven que quiere convertirse en un profesional sabe, de sobras, que primero tendrá que pasar por años de sacrificio, de pruebas, de abrumadores exámenes y noches de insomnio. Al final espera ver premiados sus esfuerzos, pero sin éstos está seguro que nada conseguirá.

¿Por qué entonces encontramos tanta gente insensata, que piensa que al matrimonio se puede ir sin preparación alguna, aspirando al éxito sin haber hecho absolutamente nada para conseguirlo?

¿Por qué pueden pensar en el éxito si han convertido el período del noviazgo en una constante experiencia sensual y sexual?

¿O es que no se dan cuenta de que tal manera de proceder pone en grave riesgo sus posibilidades futuras, cuando ya no manda la pasión y se tienen que enfrentar a las realidades de los contratiempos y los problemas que plantea una vida en común?

A los jóvenes se les ha insistido demasiado - y en esto tienen la culpa hasta sus propios progenitores -, en que la vida es corta y que la época de la juventud hay que aprovecharla, pues ya nunca volverá.

APRENDER A VIVIR

Esto de aprovechar la juventud significa, en la mayoría de los casos, no dejar pasar una oportunidad para irse a la cama con la primera que aparezca, aunque ésta sea la novia que ha escogido para, eventualmente, convertirla en su esposa.

Las muchachas no solían recibir antiguamente tales influencias, al menos no tan directamente como hoy, en que todo conspira para que ellas también se sientan como unas antiguallas si no ceden a las presiones del ambiente.

Hemos de reconocer, con todo, que la tendencia a dejarse llevar por la pasión, y aplicar la ley del menor esfuerzo, han estado siempre presentes en las relaciones entre hombre y mujer.

Para lograr una preparación adecuada, que prepare el éxito matrimonial, no queda más remedio que utilizar la violencia contra uno mismo, amordazando los deseos e imponiéndose renunciaciones que son singularmente dolorosas.

Cada renuncia, cada triunfo sobre sí mismos, les demostrará que verdaderamente se aman, pues no están uno junto al otro por el placer que tal unión les proporciona, en sentido sexual, sino porque están dispuestos a hacer cualquier sacrificio con tal de construir unos lazos espirituales fuertes que los capaciten, en el futuro, para resistir toda tentación y vencer toda tormenta.

Es posible que alguien pueda decir que, después de un noviazgo lleno de fáciles rendiciones a la premura de la pasión, han conseguido un matrimonio exitoso. No hay por qué dudarlo, por cuanto siempre hay excepciones a las reglas.

Pero si aceptamos que triunfar en el matrimonio es de por sí difícil, no podemos negar que tiene que serlo muchísimo más cuando se va al mismo con las simples armas del deseo carnal, por más vivo que éste sea, y que puede hasta dar la impresión de que se trata de un verdadero amor.

Lo único que puede demostrar, antes del matrimonio, que lo que sienten el uno por el otro no es pura pasión, o una ilusión basada en el gusto sexual que sienten mutuamente, es la renuncia por amor.

Cuando el amor no es capaz de llevar a ambos al sacrificio consciente para preparar el bien futuro es porque, sencillamente, no existe. Lo que están asegurando es el fracaso.

El noviazgo es, pues, un período de siembra, no de cosecha; un período de estudio, no de vacaciones; un tiempo de esfuerzo, no de gratificaciones; un tiempo de lucha, no de victoria; un tiempo de preparación, no de acción; un período de planificación y no de realización.

Es el noviazgo la época en que se aprende a dialogar, a comprender, a disentir sin tragedias, a complacer, a soportar, a aceptarse el uno al otro a pesar de los defectos, a discutir sin pelear, a asentir sin humillaciones, a crear la necesaria armonía y a conocerse por dentro y no simplemente a flor de piel.

El noviazgo es, en fin, ese tiempo hermoso en que dos seres van construyendo los cimientos espirituales de un edificio indestructible, para que en su amor se realice lo que afirma la Escritura:

Grábame como un sello en tu brazo,
como un sello en tu corazón,
porque es fuerte el amor como la muerte,
es cruel la pasión como el abismo;
es centella de fuego, llamarada divina;
las aguas torrenciales no podrán
apagar el amor ni anegarlo los ríos.
Si alguien quisiera comprar el amor
con todas las riquezas de su casa,
se haría despreciable.

(Cantar de los Cantares 8,6-7).